

¿Qué pasa con la Socialdemocracia?

ELOI LENGRAUD

Noticias como el Presidente Reagan dispuesto a enfrentarse con la Internacional Socialdemócrata, o declaraciones de la Socialdemocracia en respaldo o los movimientos revolucionarios en América Central, no pueden sino sorprendernos. Nos habíamos acostumbrado en esa distribución dicotómica del mundo, el bloque occidental y el bloque soviético, a inscribir los gobiernos socialdemócratas como incondicionales del primer bloque. ¿De dónde vendría ese cambio? Sin lugar a duda nos ayuda a entender algo, hablar de los orígenes de ese comportamiento visto como tradicional en la Socialdemocracia. El conocimiento del pasado permite una mejor comprensión del presente.

A) RELACIONES INTERNACIONALES

En 1919 la Socialdemocracia tuvo que definirse en reacción a la revolución bolchevique y lo hizo en plan de condena: la violencia viciaba el proceso revolucionario ruso (ver Kautsky, *Terrorismo y comunismo*, 1919; *La revolución proletaria y su programa*, 1922). Desde aquella época los partidos socialdemócratas se cuidaron de preservar su credibilidad democrática. Fueron los primeros en denunciar los excesos de la dictadura stalinista. De todos modos, los partidos comunistas se encargaron, ellos también, de subrayar el deslinde con gente que descalificaban como apoyos del fascismo. La breve experiencia del Frente Popular en los años 35, si bien restablecía la armonía entre socialistas y comunistas, no alejaba a aquéllos de los políticos liberodemócratas. La alianza se hacía de todos contra el fascismo.

La inmediata postguerra fue marcada por la búsqueda de una vía media: entre los dos grandes, los socialistas ingleses intentaron formar un grupo neutral. Ese intento no resistió a la guerra fría que se desarrolla a partir del 48 entre rusos y americanos. El comportamiento de los comunistas frente a los socialistas en las democracias populares, la ayuda económica representada por el plan Marshall en las democracias occidentales, incita a los socialistas a volverse rápidamente "atlantistas" incondi-

cionales.

Con la reaparición de la distensión entre los dos bloques, los socialdemócratas se hacen fervorosos apóstoles de la nueva política exterior. El canciller Willy Brandt, responsable del gobierno oeste alemán, desarrolla una política que ilustra esta línea. Se trata de la Ostpolitik, una política "realista" hacia el Este, que admite la eliminación de las dos piedras de tranca que hasta ahora habían hecho imposible toda modificación seria en la política exterior: se admitía la división de Alemania en dos Estados, se reconocían las nuevas fronteras polacas que amputaban a Alemania de toda una franja oriental.

Esa nueva política lograba rápidamente frutos al permitir a los partidos socialdemócratas prescindir de un tutelaje algo comprometedor con la superpotencia imperialista. No se trataba de la neutralidad, como lo habían soñado los socialistas ingleses en 1945: los gobiernos socialistas siguen comprometidos militarmente en el seno de la OTAN, pero se jactan de presentar la tercera vía entre capitalismo y comunismo, y lo más notable es que los mismos partidos comunistas reconocen esa evolución. No sólo Berlinguer subraya la contribución importante de la socialdemocracia al rebasamiento de la crisis de la distensión, sino los mismos partidos de Europa Oriental se muestran satisfechos "de la colaboración de los partidos obreros (léase comunista y socialista) en el plan internacional" (Reunión internacional de los Partidos Comunistas Europeos en Tihany, Hungría, dic. 1979; es de hacer notar que el mero hecho de reconocer al partido socialista, partido obrero, constituye un acercamiento relevante).

B) EL MARCO ECONOMICO

Limitarnos al solo juego de las relaciones internacionales es insuficiente. Sin pretender que las políticas económicas concretas determinan opciones internacionales, hemos de reconocer que sí crean condiciones que ayudan a la comprensión de un fenómeno. Por eso, en esta segunda parte nos parece indispensable hacer referencia al contexto económico del 30.

Por primera vez la teoría liberal se revelaba gravemente defectuosa. El juego de oferta-demanda no producía sus consecuencias automáticas. Según la teoría liberal, un auge demasiado fuerte de la economía provoca una recesión a causa de los precios altos; esa recesión al traer rebajas de los precios permite una reanimación de la economía, es decir, los capitalistas son estimulados a hacer nuevas inversiones. Lo que es verdad para todas las mercancías es verdad también para la mercancía "mano de obra".

LA CRISIS DEL 30

¿Qué pasó en 1930? La crisis fue tan fuerte, el desempleo tan agudo, que la reanimación se revelaba imposible sin intervención del Estado. Se ubica aquí un cambio importante de las políticas económicas en los países capitalistas: Prevalcía antes la subordinación de la política presupuestaria a la política monetaria, es decir, el gobierno había de asegurar el presupuesto en equilibrio para mantener la confianza del público en la moneda; la ortodoxia del presupuesto en equilibrio va a ser sustituida por una intervención del presupuesto en la vida económica más allá de sus posibilidades, por pura emisión de moneda. A la hora en que la recesión provocaba la desconfianza y la huida de los capitalistas, el Estado habrá de adoptar una posición inversa, multiplicar las inversiones públicas.

En esos mismos años llegan al poder los socialdemócratas en Suecia. El hecho de que no tienen política económica propia (la política de nacionalización practicada "a trancazos" por los soviéticos y los fracasos de la socialización en la República de Weimar, habían alejado a los socialdemócratas de la ortodoxia marxista), les lleva a adoptar la solución keynesiana. Por supuesto, esa política si era anti-liberal no era anti-capitalista; más bien ayudaba al capitalismo a restablecer sus mecanismos. Pero sacaba la socialdemocracia de un callejón sin salida al proporcionarle medios de acción a corto plazo, compatibles con un programa de reformas sociales:

1) La promoción del Estado como sujeto económico que implicaba la teoría keynesiana, se adecúa a la concep-

ción socialdemócrata del Estado como lugar de relación de fuerzas. En efecto los socialdemócratas a partir de la acción eficiente de la clase organizada en partido, con posibilidad de acceso al poder por la vía electoral (ya en Engels, introducción a la reedición de K. Marx, *Lucha de clases en Francia*) habían abandonado el concepto "clásico" del Estado como expresión de una clase.

- 2) El privilegio dado a la demanda, corresponde al desplazamiento de interés que la socialdemocracia desde la crisis revisionista, ha realizado de la producción al consumo.
- 3) En su meta de hacer crecer la propensión al consumo, la política keynesiana permite la reducción de la injusticia social: en efecto el estímulo al consumo favorece más a las clases populares, que ahorran menos, que a las clases adineradas.
- 4) En fin, al practicar la multiplicación de créditos para inversiones, la política keynesiana lucha contra el capitalista ocioso, que vive de la escasez de capital.

Todo eso, enmarcado en la promoción del "Estado de Bienestar", refleja la política de todos los gobiernos socialdemócratas en la inmediata postguerra, haciendo de la política de estos gobiernos una política extremadamente parecida a la de los gobiernos de derecha quienes también viven la preocupación de "Estado de Bienestar" en esa época de economía eufórica.

LA STAGFLACION O LA CRISIS DEL 70

1970 marca una ruptura en ese progreso continuo de la economía. La solución keynesiana se revela ineficaz frente a una situación que combina a la vez inflación y recesión: en efecto en la teoría de Keynes era precisamente la creación de una inflación hasta ficticia lo que desbloqueaba la economía y evitaba el desempleo. Todo cambia con la crisis de los años 70.

Por una parte, la estimulación de la demanda pública para contrarrestar la baja de las inversiones no basta, y, por otra parte, la restricción de la demanda provoca un aumento del desempleo sin frenar sensiblemente el alza de los precios. El control del nivel global de la demanda no ha permitido hasta ahora más que una alternativa de enfriamiento y de recalentamiento de la economía. El instrumento keynesiano encuentra su tope o, más exactamente, trae nuevos problemas. La economía del "Estado de Bienestar", con su estructura de bienestar social y el crecimiento de los gastos públicos que conllevaba, limitó la importancia de la crisis y permitió a las sociedades occidentales enfrentar un nivel importante de desempleo sin disturbios sociales graves, pero sin indicar la vía de salida a la crisis.



Willy Brandt

Si consideramos la "stagflación" desde el punto de vista de la Socialdemocracia, el problema es grave. En efecto, su adopción de la política keynesiana le permitía responder a su preocupación fundamental: al mantener el pleno empleo y al extender los gastos sociales, combatir eficazmente a favor de la justicia social. Ahora las cosas cambian.

1. La estimulación de la demanda inducida por tal política parece conducir a un alza de los precios sin conllevar una

reanimación de inversión, por lo cual no tiene efecto para resolver el desempleo. Pues bien, si el aumento del consumo popular no basta y queremos mantenernos en el marco de una economía capitalista, la única salida parece la de restituir el provecho de las empresas para estabilizar y hacer crecer la rentabilidad de las inversiones. No hace falta ser experto en economía, para entender que se consigue ese resultado frenando la parte de salarios en provecho de la parte de remuneración del capital. No molesta mucho a gobiernos liberales adoptar esta política, respondiendo al nacimiento de una tendencia calificada de derecha energética ("droite musclée"). Para los gobiernos socialdemócratas es mucho más delicado. El Canciller Schmidt puede explicar: "las ganancias de hoy, son inversiones de mañana y las inver-

siones de mañana son empleos de pasado mañana? (El Nacional 10-4-81), qué rase o no, tal política implica una disciplina de los trabajadores en sus reivindicaciones de salarios, es decir la prédica de la política de austeridad.

2. Esa situación, ya difícil, revela un mayor malestar por los límites que parece haber alcanzado la redistribución de los recursos en su forma actual. En efecto, los impuestos directos a los cuales tienden a recurrir los gobiernos socialdemócratas para hacer del "Estado de bienestar social" un instrumento de igualación de los recursos, no puede seguir aumentando más allá de los efectos de la inflación sobre esos recursos, sin encontrar una resistencia de las clases medias. Esa alergia a la presión fiscal, se traduce en el fraude fiscal y se encuentra tanto entre los profesionales como entre los obreros y empleados con remuneraciones relativamente altas. La redistribución de los recursos para realizar tal igualación ha de efectuarse antes del impuesto, es decir, proceder por reducción del abanico de recursos. Chocamos aquí contra un apego a la jerarquización de los sueldos que existe entre los mismos obreros y que juega el papel de estimulante para una mejor formación y una mayor responsabilidad.

3. En cierta medida la socialdemocracia es la más indicada para atenuar las dificultades económicas, para regir la crisis: fuerte de su enraizamiento en la clase obrera puede más fácilmente hacer admitir por los trabajadores una política estricta de sueldos que fija un techo para el alza de las remuneraciones y un proceso de negociación. La contrapartida de esa disciplina podría ser la disminución del desempleo, la reducción de las desigualdades y la extensión de la "democracia industrial", concepto retenido en el mundo anglofono para hablar de cogestión o autogestión. Para la limitación del desempleo, la política socialdemócrata parece aventajar a los otros partidos. Pero en los otros dos puntos enfrenta dos problemas.

Por una parte, la reducción de las desigualdades y un reparto diferente de los poderes, no pueden sino modificar la actitud del patronato y de la burguesía que, aprovechando la crisis, intenta más bien volver atrás sobre viejas concesiones en esos sectores. Por otra parte el compromiso con la burguesía largamente practicado por la socialdemocracia, ha necesitado, en todos los niveles, una concentración y una delegación de poderes a especialistas, ya políticos, ya sindicales. En efecto, hasta ahora la

Socialdemocracia no ha dado a los trabajadores más que una participación pasiva. Una "democracia industrial" real contiene en ella un cuestionamiento de la estructuración actual del sindicato. O la participación de cada trabajador es real y conlleva una reforma de la Socialdemocracia, o la modificación hace crecer solamente los poderes existentes de la burocracia sindical y política y eso puede traer como consecuencia una desconfianza que se traduciría a la vez, por la pasividad y la oposición de los trabajadores y que restaría representatividad a la Socialdemocracia en el momento de tratar con la burguesía.

4. Una última dificultad viene de las transformaciones que ha conocido el sistema de poder después de la guerra. El Estado ha multiplicado sus intervenciones en los sectores más diversos de la vida social: paralelamente al decaimiento de los parlamentos, los poderes ejecutivos y administrativos concentraron la elaboración de las decisiones. Eso no ha sido sin modificar el papel de los partidos, al debilitar su función de representación directa de los intereses de clase o de fracciones de clase. La Socialdemocracia, como partido del poder, pudo mantener el ejercicio de una influencia directa sobre la administración. Pero al mismo tiempo, los lugares reales de decisión se han alejado de las instancias regulares del partido; la brecha entre las oligarquías políticas, sindicales (el "cogollito" como decimos aquí) y la masa, se ha acentuado. Así la demanda de más democracia, en la vida profesional y en la vida cotidiana, contiene virtualmente una amenaza para la estructura misma de la Socialdemocracia.

Ese encadenamiento de dificultades es el reto que lleva la Socialdemocracia a dejar el estilo adoptado después de la segunda guerra mundial. El plan Meidner, en Suecia, se define claramente a largo plazo como una socialización de los medios de producción y suscita amplias discusiones entre bases y burocracia sindical y partidista, por alcanzar una auténtica participación.

C) VISTO DESDE AMERICA LATINA

La nueva definición del proyecto económico, el cambio en la proyección internacional que tiene particular relevancia en los programas de la Internacional Social Demócrata a partir del año 76, va acompañado para América Latina de una nueva coyuntura: es la penetración creciente de un gran capital europeo (alemán, sueco...) en cada vez mayor

competencia con las multinacionales norteamericanas.

En el plan internacional será la condenación de las dictaduras militares del Cono Sur, el apoyo a la revolución triunfante en Nicaragua, el diálogo con las fuerzas populares, incluidas fuerzas de extrema izquierda (MIR chileno), la ayuda a los movimientos insurreccionales (El Salvador) y hasta el reconocimiento de luchas populares armadas distintas del reformismo gradualista. Este viraje se percibe en el plano económico; la declaración de José Peña Gómez, en la conferencia de Santo Domingo es una buena ilustración: "el intercambio desigual entre América Latina, Europa y Estados Unidos exige fórmulas diferentes de desarrollo para nuestro país (República Dominicana); resulta que las posiciones evolucionistas del socialismo europeo no pueden remediar a los males relacionados con nuestro retraso histórico, técnico, cultural y a nuestra dependencia económica".

La socialdemocracia está así atravesada por corrientes nuevas que, si no son revolucionarias, no son tampoco pro-americanas, como en el tiempo de la guerra fría. Por supuesto esa apertura política queda tributaria de las contradicciones inter-imperialistas y de opciones estratégicas más que moderadas, tipo capitalismo social más redistributivo; sigue siendo muy influenciado por el peso del S.P.D. de trance relativamente conservador (la contribución alemana representa el 60 por ciento del presupuesto de la Internacional Socialista). Pero el hecho de no saber valorar los cambios que se operan en la socialdemocracia, revelaría una falla en la capacidad de apreciar la coyuntura (las contradicciones interimperialistas, una crisis económica distinta de las anteriores).

Y para aterrizar en nuestro contexto nacional, sería una llamada a percibir en el nacimiento de una tendencia renovadora en AD (ver Arturo Sosa A. ¿A dónde va Acción Democrática? SIC, No. 488, Marzo 1981, Pág. 107-109) algo más que un conflicto generacional: el liderazgo internacional que se había asegurado el ex-presidente Carlos Andrés Pérez, las proposiciones de cogestión, y hasta las dificultades encontradas por la tendencia renovadora en el seno de la organización, todo ello puede leerse muy bien en el marco del nuevo rumbo asumido por la Internacional Socialdemócrata.